



Desátame
Noe Casado

www.EdicionesBabylon.es

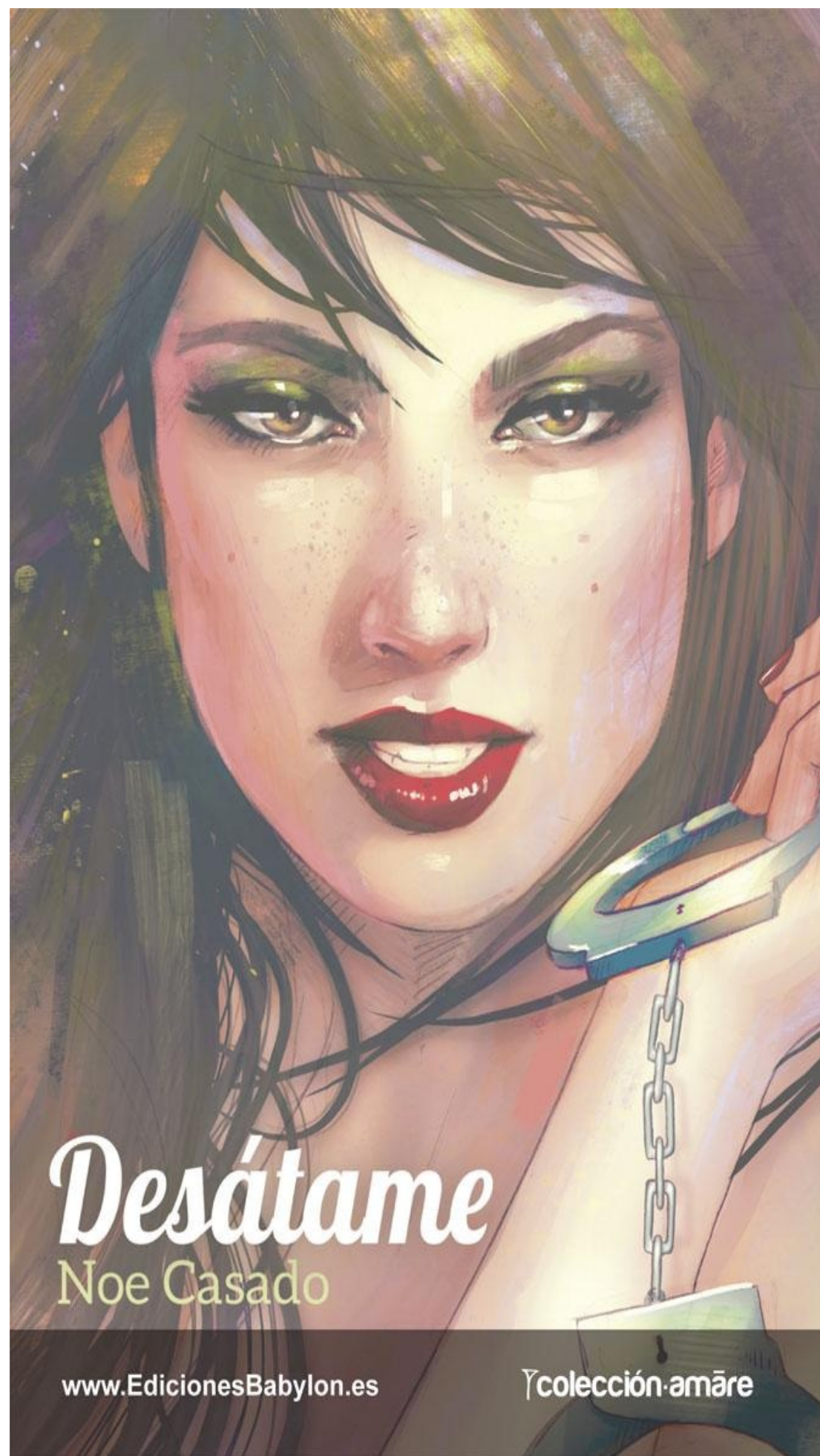
El compromiso de Ediciones Babylon con las publicaciones electrónicas

Ediciones Babylon apuesta fervientemente por el libro electrónico como formato de lectura. Lejos de concebirlo como un complemento del tradicional de papel, lo considera un poderoso vehículo de comunicación y difusión. Para ello, ofrece libros electrónicos en varios formatos, como Kindle, ePub o PDF, todos sin protección DRM, puesto que, en nuestra opinión, la mejor manera de llegar al lector es por medio de libros electrónicos de calidad, fáciles de usar y a bajo coste, sin impedimentos adicionales.

Sin embargo, esta política no tiene sentido si el comprador no se involucra de forma recíproca. El pirateo indiscriminado de libros electrónicos puede beneficiar inicialmente al usuario que los descarga, puesto que obtiene un producto de forma gratuita, pero para la editorial, el equipo humano que hay detrás del libro electrónico en cuestión, ha realizado un trabajo que se refleja, en el umbral mínimo posible, en su precio. Si no se apoya la apuesta de la editorial adquiriendo reglamentariamente los libros electrónicos, a la editorial le resultará inviable lanzar nuevos títulos. Por tanto, el mayor perjudicado por la piratería de libros electrónicos, es el propio lector.

En Ediciones Babylon apostamos por ti. Si tú también apuestas por nosotros, ten por seguro que nos seguiremos esforzando por traerte nuevos y mejores libros electrónicos manteniéndonos firmes en nuestra política de precios reducidos y archivos no cifrados.

Gracias por tu confianza y apoyo.



Desátame

Noe Casado

www.EdicionesBabylon.es

Υcolección·amāre

ADVERTENCIA

Este libro contiene algunas escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2014, Desátame

©2013, Noe Casado

©2013, Ilustración de portada: Jorge Monreal y Marta Nael

©2014, De esta publicación digital

Colección Amare nº11

[Ediciones Babylon](#)

Calle Martínez Valls, 56

46870 Ontinyent (Valencia-España)

publicaciones@edicionesbabylon.es

www.edicionesbabylon.es

ISBN: 978-84-15565-77-2

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión en ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

*Este libro no está dedicado al señor que vive conmigo, ya que critica los títulos que elijo y no lee lo que escribo porque es
esperando a que hagan la película*

La situación era cuanto menos para echarse a reír, por no llorar, claro está.

Carla dejó la carta sobre la ajada encimera de la cocina, junto al sobre arrugado; ni tan siquiera iba a hacer una bola para tirarla con rabia a la papelera. Durante varios meses había jugado al despiste con el jefe de personal, inventándose enfermedades, propias o de algún familiar; todo valía para justificar sus retrasos al trabajo.

Tendría que haberlo visto venir, pero no había sido así, quizás porque, en el fondo, tenía miedo de afrontarlo y esperaba una especie de milagro de última hora, que, evidentemente, no se produjo.

Ser una simple administrativa en una empresa de conservas no era el sueño de su vida, pero no podía aspirar a mucho más. Debía dar gracias por que no se hubiesen dado cuenta de que su título académico era falso. Nunca se licenció como administrativa. Ni tan siquiera acabó el instituto. El puesto era suyo gracias a un rollo que mantuvo con el anterior jefe; a él no le interesaba que ella tuviera mucho tiempo libre y le diera por llamar a su mujer para contarle ciertas *reuniones de trabajo* a altas horas de la noche. Pero Eddie dejó la empresa y desde entonces nadie tapaba sus faltas. El señor Ward no perdonaba una y ella ahora estaba en la calle.

No disponía de ahorros y seguramente en su cuenta bancaria apenas tendría para hacer una compra decente.

Siempre había vivido al día y jamás se preocupó por ahorrar, por eso de si venían las vacas flacas. Ella nunca había sido así, porque no quería ningún tipo de limitación.

El subsidio por desempleo apenas cubriría sus gastos durante cuatro meses, cinco a lo sumo, y eso si tenía cuidado y no salía de noche. Toda una maldita contradicción: ahora tenía tiempo, pero no dinero. Podía llamar a su hermano Sebastian, pero aunque él nunca le negaba nada, su padre acabaría enterándose y por nada del mundo quería ver la cara del señor Reginald Stone, con esa sonrisa cínicamente de satisfacción, pronunciando la estúpida frase «lo sabía».

Abrió la nevera sin mucha fe, pues era consciente de que no tenía demasiadas opciones para elegir. Podía arreglarse un poco y dirigirse al HÔTEL, seguro que conseguía enredarse con alguno y cenar gratis. Miró la hora; sí, a las diez el local estaría lleno de tipos con ganas de divertirse y de llevarse a una chica a cenar para después follar con ella.

Sacó un yogur, comprobó que no estaba pasado de fecha, cerró la puerta de la nevera con el trasego y apartó la idea de salir.

Sentada en un taburete de la cocina, miró de nuevo la carta. Metió la cuchara en el yogur y se llevó a la boca.

Estaba sola.

Tenía conocidos por todas partes, amigos con los cuales pasar buenos ratos y divertirse hasta llegar a casa de día. Lo que son las cosas... Cómo se había reído de la gente que iba a sus trabajos cuando ella regresaba a casa tras una noche loca.

Pero toda esa gente no eran más que conocidos, nadie que pudiera echarle una mano.

Descartando a su hermano, solo le quedaba otra persona con quien hablar, pero Bianca ahora estaba casada, con una hija y un marido que no tenía muy buena opinión que digamos de ella.

Compartieron el apartamento durante más de cuatro años, su amiga siempre fue la parte sensata, equilibrada, quien de vez en cuando le hacía poner los pies en la tierra.

Carla se dio cuenta de lo egoísta que había sido con Bianca. La echaba de menos. Sí, seguían siendo amigas, pero ella ya no vivía allí, no le cubría las espaldas cuando un mes iba mal de dinero, o no mentía por ella cuando su jefe llamaba de malas pulgas.

Estaba sola.

¿Alguna vez no lo había estado?

~~Todas esas noches riendo, bailando, divirtiéndose... Esos no eran amigos de verdad. Hombres como los que se acostaba sin pensar en nada más que en el momento.~~

Si descartaba a su hermano, ¿qué familia tenía? Ninguna.

Su padre era, a esas alturas, un simple donante de semen, y su madre una desconocida que se largó cuando ella tenía catorce años con un músico; las últimas noticias que tenía de ella era que vivía en Italia y que no pensaba regresar. A pesar de su abandono, podía entenderla. Vivir con el tirano donante de semen amargaría a cualquiera, y ella escogió vivir.

Nunca nadie regala nada, pues desde que se marchó, o huyó de casa, Carla siempre se había sacado ella misma las castañas del fuego, evitando, en todo momento, ser dependiente.

Su primer empleo fue en un restaurante. Allí, aparte de limpiar cacharros y servir mesas, conoció a su primer novio: el hijo del dueño.

Un buen chico que la trató bien, con el que se divirtió y con el que aprendió mucho más que cocinar...

Pero a los dieciocho años una no busca, ni quiere, estabilidad; por lo que comenzó a salir en cuanto tenía una noche libre, a evitar ir al cine con él y a buscarse otros amigos que le ofrecieran otra clase de entretenimiento.

Carla había vivido toda su adolescencia sometida a las órdenes de su padre. Ciertamente era que su chico no la obligaba a cumplir un estricto decálogo de novia perfecta, pero sí limitaba sus opciones. Cuando a salidas nocturnas se trataba, porque, de alguna forma u otra, una se podía llegar a sentir culpable o, dicho de otro modo, menos propensa al desfase, cuando la media naranja se quedaba en casa.

Y claro, por muy comprensivo que fuera el chaval, había cosas que ninguno pasaría por alto.

Así que, en vez de engañarle, de estar todo el día inventando excusas para evitarle, decidió que lo mejor era seguir caminos separados.

Y a partir de ese momento ya no hubo novios, de ningún tipo, pues Carla decidía si quería pasar una sola noche con uno o con otro, o repetir. Todo dependiendo de su estado de ánimo o del amante del turno y su pericia entre las sábanas. Si algo tenía claro, era que no iba a conformarse con cualquier cosa.

Una de las ventajas que tenía el conocer a tanta gente era que, con solo fijarse un poco, se lograba sacar el lado positivo y aprender; quedarse con lo bueno y enriquecerse con las experiencias.

Y ella deseaba experimentar, sin restricciones, sin imposiciones, dejarse llevar...

Esa actitud no siempre estaba bien vista; más de una vez le habían soltado que «una mujer no cambia de amante como de camisa», pero Carla no pensaba en ello; simplemente, seguía adelante.

Si bien había tenido la desgracia de encontrarse con gilipollas de manual, que aparte de malos amantes eran unos imbéciles, la mayoría de los tipos que conocía resultaban decentes, y eso hacía que hasta pasara por alto sus carencias si no cumplían sus expectativas.

A la par que llevaba esa vida nocturna y desenfundada, iba compaginando trabajos temporales aunque resultaba muy complicado presentarse a primera hora de la mañana después de pasar toda la noche de fiesta.

Por eso acabó aceptando trabajos nocturnos, desde camarera hasta animadora en una discoteca; en esos momentos daba lo mismo.

En mitad de toda esa vorágine conoció a Bianca, una chica tímida y reservada con la que acabó compartiendo piso. Una mujer que aportaba cierto equilibrio en su alocada forma de vivir, pero que no consiguió reformarla del todo, pues sus salidas después del trabajo seguían siendo inevitables.

Carla pasó por varias fases a la hora de elegir amigos con derecho a roce. Desde luego, el periodo que, según su compañera de piso, resultó más divertido, fue el de los *dj's*.

En muchas ocasiones ni se preocupaba de preguntar al *dj* de turno cuál era su nombre real, conformaba con el artístico. Coincidió con ellos en salas de fiesta y clubes y daba por hecho que no necesitaban más datos.

Cuando en algunas ocasiones, influenciada sin duda por la sensatez de su amiga, hablaba sobre sus desfases y se paraba a pensar en el porqué de su comportamiento, se daba perfecta cuenta de que ese ritmo desenfrenado, si bien no era destructivo, sí resultaba poco apropiado y no conducía a ninguna parte.

Todos esos amigos, compañeros de juego, no aportaban nada.

Intentaba llegar a una conclusión; a veces creía que tantos años sometida al yugo paternal era una explicación por la que buscaba esa libertad a toda costa. Sin horarios, sin normas, sin pensar en nada solo en el momento.

El *carpe diem* llevado a su máxima expresión.

Pero esa excusa podía servir al principio; después era, simple y llanamente, un modo de vida en el que estaba atrapada, pero del que, aun sabiéndolo, no deseaba salir.

No deseaba hacerlo, pues la excitación, la diversión y el riesgo eran una potente y adictiva sensación de la que no quería desengancharse.

Pero poco a poco todo eso que parecía lo más, que le hacía sentir más viva que nunca, fue perdiendo lustre, o, sencillamente, Carla, a medida que cumplía años, fue dándose cuenta de que todo no era tan ideal.

Esa vorágine en la que estaba metida no siempre la hacía sentirse tan bien como creía, tenía sus fallos.

Durante sus largas charlas con Bianca, la cual se escandalizaba cuando le relataba sus andanzas, cayó en la cuenta de que podía probar otras opciones vitales. Pero si bien la teoría podía funcionar, en la práctica costaba mucho, y en más de una ocasión volvió a las andadas.

En una de esas salidas conoció a Eddie, al que podía considerar su amante de más larga duración.

No hubo falsas promesas, pues él estaba casado; tampoco compromisos ni mucho menos exclusividad, y estableció con él una cómoda situación, la cual beneficiaba a ambos, poniendo así fin a su etapa de *dj*'s.

Ella podía haber aprovechado esa oportunidad, pues Eddie la colocó en la empresa donde trabajaba en un puesto sin muchas preocupaciones. Pero como se decía por ahí, la cabra tiraba al monte, y Carla la había jodido, pero bien además.

Antes podía «despistarse», ya que tenía por un lado al «jefe» tapando sus ausencias y a Bianca salvándole el culo en los temas referentes a la casa y demás. Pero nada era para siempre y ahora tenía completamente al aire.

—Vale ya de autocompasión —dijo enfadada consigo misma.

Se bajó del taburete de la cocina, tiró el yogur a la basura y se dirigió a su cuarto.

—Venga, tío, no te hagas de rogar. Te necesitamos.

Aidan levantó la vista y miró por encima de su ordenador. Dos de sus compañeros, Mike y Charlie estaban ya preparados para marcharse tras finalizar su turno.

Les sonrió sin ganas; siempre era preferible deshacerse de ambos haciéndose el tonto que enfrentándose a ellos.

—Mira —empezó Mike —, sólo tienes que acompañarnos un rato, te tomas una cerveza, sonrías un poco y en cuanto un par de tías buenas se nos acerquen, te largas.

—¿Y qué gano yo con eso? —inquirió Aidan sin perder la sonrisa.

—Nuestra eterna gratitud, por supuesto.

—Ya —dijo reclinándose en su silla. Los muy cabrones iban a sudar un poco si querían que le hiciera de Celestina.

—Joder, Patts, ¿qué te cuesta? No sé qué ven las mujeres en ti, pero se les cae la baba. Sólo tienes que decirles un par de tonterías de esas que les gustan tanto, poniendo esa cara de inocente que tienes y ya está. Nosotros nos encargamos del resto.

—Interesante filosofía —apuntó una voz grave.

Aidan giró su silla y miró a su compañero, Luke, quien tenía una sonrisa burlona. Sin duda se estaba pasando bien oyendo la conversación.

—A ver si me aclaro... Me queréis de gancho, ¿no? —preguntó divertido.

—Joder, pues claro —alegó Charlie—. No sé por qué las tías prefieren a un niño como tú, pero funciona.

—¿Y dónde tenéis pensado ir?

—Al Eternity.

—Ese es un antro de mala muerte.

—Sí, pero las tías más desesperadas van allí.

—¿Y qué pasa con tu mujer, Charlie? —Aidan formuló la pregunta como si tal cosa.

—Olvídate de mi mujer, Patts, y levanta tu culo de esa silla.

—Bueno, yo he acabado por hoy. —Luke se incorporó—. Me largo de aquí.

—Adams, desde que te has casado parece que te tienen cogido por los huevos —le pinchó Mike.

—¿Y? —El aludido sonrió ampliamente—. A diferencia de otros, no tengo que ir por ahí mendigando ni esperar que mi mujer me dé una patada en el culo en cualquier momento. Y dejad al chaval en paz.

—A ti nadie te ha dado vela en este entierro, así que no te metas. —Charlie se dirigió a Aidan—. Vamos, seguramente encontraremos una colegiala para ti. —Se rio de su absurda broma—. Para que puedas llevarla a tomar un helado.

Aidan apagó su ordenador y se levantó. Ir con Mike y Charlie a tomar una cerveza era desesperante, los dos babeaban tras cualquier cosa que tuviera faldas.

Agarró la chaqueta de su traje y se la puso. Ir a un antro como ese club no significaba vestir con un desaliñado.

—Saluda a Bianca de mi parte —le dijo a Luke mientras este salía por la puerta y luego miró a sus compañeros—. Vamos, pero una cerveza y me largo.

Ambos se miraron el uno al otro y sonrieron ufanos. Estaba claro que esperaban llegar y besar el santo. Otra cosa muy distinta era que alguien quisiese besar a esos dos.

El Eternity estaba hasta la bandera. Aidan entró tras sus compañeros; no estaba de buen humor para soportar tonterías, así que no iba a servirles de señuelo para que los dos follaran esa noche. Si accedía a acompañarlos era para que le dejaran en paz, tenía mejores cosas que hacer. Además, en ese club no solo se servían bebidas, todos lo sabían, lo cual era toda una contradicción. Los porteros hacían vista gorda, al igual que ese par de perdedores.

Pero claro, ellos buscaban carne fresca, no hacer cumplir la ley.

Encontraron una mesa junto a la zona de baile y se sentaron. Como dos buitres ansiosos, Mike y Charlie empezaron a mirar de un lado a otro buscando su presa.

Pidieron sus bebidas, la camarera guiñó un ojo a Aidan y sus dos «amigos» le miraron con envidia. En menos de diez minutos ya estaban servidos.

Mike le dio un codazo para señalar a tres mujeres que estaban a escasos dos metros.

—Ve y preséntate —le instó Mike—. Además, con ese traje pareces un banquero.

—No seas impaciente —respondió. ¡Dios, cómo odiaba a los tíos así! ¿Tan desesperados estaban? Al parecer, sí. Solo les faltaba babear.

—La morena no está nada mal. Vvenga, chico, ataca.

—Hay que joderse... —Aidan se levantó, con tal de no aguantar más tonterías.

Cogió su cerveza y se acercó a las tres mujeres. Las miró y pasó de largo.

—¿Pero qué hace ese imbécil? —se quejó Mike.

—Debe ser una nueva táctica —dijo Charlie no muy convencido.

Aidan se dio una vuelta por el local. Vale, si tenía que ligarse a un par para luego mandarlas con esos dos, lo mínimo que podía hacer era buscar a dos arpías lo suficientemente listas como para que aprovecharan de pánfilos como ellos, bebiendo toda la noche a su costa y que luego los dejaran plantados.

Volvió a la mesa donde estaban Mike y Charlie y se sentó. Se aflojó la corbata y dio un largo trago a su cerveza.

—¿Se puede saber a qué esperas? —le increpó Mike.

Aidan sonrió sin mirarle. Sí, esas tres podían ser adecuadas. Dio otro trago y las miró: la más bajita y una rubia (con necesidad de pasar por la peluquería para seguir siéndolo), le devolvió la mirada y levantó su botellín en un brindis silencioso y ella le devolvió el gesto.

—Joder —dijo Charlie observando toda la escena y palmeó a Aidan—. Ya sabía yo que el chico de oro no iba a fallarnos.

Aidan los miró de reojo. Vaya par de perdedores... En fin, cuanto antes empezara, antes acabaría.

—Esperad aquí —dijo levantándose y advirtiéndoles con la mirada que no dijeran nada.

Tranquilamente se acercó a la mujer rubia de bote que parecía más interesada en él que en la conversación de sus dos amigas. Se sintió observado y supo la conclusión a la que había llegado ella: la misma que sus compañeros: que era un empleado de banca.

Aidan era más que consciente de su aspecto. Desde pequeño había obtenido todo sonriendo a la gente, aprovechando que le subestimaban para así poder llevarse el gato al agua.

Sonrió sin despegar los labios y se situó junto a una rubia, dio un trago a su cerveza y se puso a observar a la multitud.

—Hola —ronroneó la mujer.

Bien, siempre era mejor que ellas dieran el primer paso. Tardó más de lo necesario en girarse para mirarla.

—¿Nos conocemos? —dijo él por fin con voz suave, inclinándose lo justo para que ella le oyera por encima de la música.

La desconocida parpadeó, sin quitarle la vista de encima.

—No. —Mantuvo su mirada y observó la copa que la mujer sostenía en la mano. A saber qué

brebaje estaba tomando. No lo preguntó.

—Bueno, pues eso tiene fácil solución. —Se acercó a él—. Me llamo Rachel.

Aidan extendió la mano, pero antes de que diera cuenta ella le había plantado un beso en la mejilla.

—Yo, Bill. —Por nada del mundo iba a dar su nombre real. Bueno, tenía que reconocer que la mujer por lo menos no estaba borracha. Pensó por un instante en pasar de sus compañeros, coger a Rachel de la mano y largarse, pero, aunque la chica era mona, no le ponía ni lo más mínimo. Era hora de llamar su atención—. Estoy con unos amigos. —Señaló con la cerveza la mesa donde estaban Mike y Charlie.

—Ah, bueno, yo tampoco he venido sola. —Tiró del bolso de la mujer que estaba junto a ella—. ¿Rose? Te presento a Bill. —La tal Rose le miró y sonrió—. Y esta es Liz.

—Encantado —respondió con educación.

—¿En qué podemos ayudarte? —suspiró Liz comiéndoselo con los ojos.

Bien, ahora venía la parte delicada: hechas las presentaciones, tenía que conducir las hacia sus compañeros y terminar. Echó una mirada a Mike y a Charlie. Joder, ya podían contenerse un poco. Parecían dos carroñeros a punto de lanzarse a por su presa.

—Mis amigos quieren conoceros. ¿Os importa? —Dio un trago a su bebida esperando que dijera que sí. Para ello se esforzó al máximo con su sonrisa.

—Bueno.... —empezó Rose no muy convencida.

—Por mí... bien —asintió inmediatamente Liz arrimándose a él; estaba claro lo que quería y si para ello tenía que soportar a esos dos, no parecía importar mucho.

Rachel la miró frunciendo el cejo. Era una advertencia clara: ella le vio primero y no iba a dejar que pisara el terreno.

Se sentía como un vulgar proxeneta buscando mujeres para sus colegas, pero ya no podía echar atrás. Las condujo hasta la mesa e hizo las presentaciones. Charlie y Mike se levantaron de sus asientos como impulsados por un resorte y después las invitaron a sentarse.

Genial, su misión había concluido.

—¿Dónde vas? —preguntó rápidamente Liz al ver que Aidan no se unía y se daba la vuelta para irse.

—Al servicio.

—Puedo acompañarte —ronroneó ella, y de ninguna manera estaba preguntando.

—Gracias, pero soy mayorcito para eso. ¿No crees? Ahora vuelvo.

Ni muerto lo iba a hacer. Sin perder la sonrisa se dio la vuelta. Miró su cerveza; estaba en las últimas, así que se acercó a la barra para dejar el botellín vacío. Por supuesto que haría una parada en el servicio, por si le observaban (lo cual era más que probable), y después se escabulliría.

Tenía trabajo que hacer. Unos amigos de sus padres le habían encargado el diseño de una página web para su tienda de mascotas y tenía que acabarla.

Aidan se acercó a la barra sorteando a los allí congregados. Dejó la botella vacía y, cuando estaba a punto de darse la vuelta, su mirada se cruzó con la de la camarera.

Carla estaba secando unas jarras; el trabajo era una mierda, además de mal pagado, y el encargado Tony, un baboso salido. Aunque llevaba allí apenas dos semanas, estaba más que con ganas de dejarlo plantados. Sabía que el Eternity no era el mejor de los sitios para ganarse el pan, pero de momento no tenía otra cosa. Y Dios era testigo de que había buscado, incluso pedido favores a conocidos, pero el único que le ofrecieron fue ser camarera en aquel tugurio.

Así que aceptó por necesidad; en menos de una semana la echarían de su apartamento si no pagaba el alquiler y si completaba el mes por lo menos podría ponerse al día con su casero.

—Eh, tú, deja eso y ven aquí.

El estridente vozarrón de Tony la sobresaltó. Levantó la mirada y se encontró con el par de ojos marrones azules que había visto en su vida, y por desgracia conocía a su propietario.

«Mierda, nadie sabía que trabajaba aquí...».

Casi deja caer una de las jarras. Lo que le faltaba. Él iría con el cuento, y por si fuera poco el tipo la tenía jurada. Se había burlado de él descaradamente y le puso en ridículo delante de sus compañeros, aunque todo por una buena causa: Bianca, su mejor amiga, quería darle una sorpresa a su marido por su primer aniversario de boda y para ello necesitaban su colaboración. Podría, por supuesto que podría, haberse mostrado amable y pedirle su ayuda, pero su vena sádica la pudo.

Luke, el marido de Bianca, los había presentado con la intención de distraerla, y él, como un tonto sin personalidad, accedió. Distraerla a ella... ¡Ja! Conocía perfectamente los sentimientos de Bianca y no iba a permitir que Luke le hiciera daño. Para eso estaban las amigas, ¿no? Las intenciones del *señor machote* no estaban claras y no iba a dejar a Bianca sola ante el peligro. Pero el *señor machote* envió a su compañero, un tipo encantador y de ojos azules, pensando que ella iba a derretirse.

Casi lo consigue, cuando le vio por primera vez se quedó impresionada. Nadie tenía derecho tener esa cara de niño bueno, pero afortunadamente pudo resistirse.

Así que cuando se presentó la oportunidad de devolvérsela, se aprovechó, y si de paso hacía un favor a una amiga, pues mejor que mejor.

Carla no era de las que hacían daño porque sí, pero es que el compañero de Luke era sospechosamente demasiado tonto para su gusto. ¡Por favor, si hasta intentó ganarse su confianza contándole los peores chistes que había oído en su vida!

Pero ese no era el problema. El tonto de ojos azules tenía toda la pinta de ser un lobo con piel de cordero y ella ya había tropezado con demasiados tipos así.

La culpa de todo eso la tenía Luke, desde luego. Para que ella no se interpusiera entre Bianca y él mandó al poli novato y ella reaccionó como siempre: al ataque.

Iba listo si pensaba que el niño ese iba a conseguir algo..., pero lo cierto era que el muy cabrón las había apañado para despistarla a base de tonterías y Luke se había salido con la suya.

Así que cuando tuvo su oportunidad le dejó en ridículo, proclamando a los cuatro vientos que era el peor tipo con el que alguna vez había tenido la desgracia de acostarse.

Una reacción de lo más pueril y absurda, pero es que en ese momento todo aquello la pilló con el paso cambiado. Su situación personal no estaba lo que se decía boyante y quizás su comportamiento fue egoísta, por miedo a perder a la mejor y única amiga que había tenido.

Ahora no le quedaba otro remedio. Bianca había encontrado al hombre perfecto, aunque jamás admitiese delante de nadie, y ella estaba intentando tocar fondo para conseguir recuperarse.

Desde luego el chico se lo tomó bastante bien, aunque fue objeto de burlas por parte de sus compañeros de trabajo, y ya se sabe cómo se comporta una panda de hormonas masculinas con armamento reglamentarias de serie cuando se bromea sobre su hombría.

Hizo una mueca; él tarde o temprano se la devolvería, y ella, ahora que ya empezaba a comportarse como una mujer sensata y adulta, tendría que encajar el golpe.

—¿Estás sorda? —de nuevo Tony al ataque sacándola de sus pensamientos.

—¡Voy! ¡Qué cansino!

Dejó el trapo debajo de la barra y se acercó a ver qué tripa se le había roto ahora, mirándole pero sin decir nada.

—Esa blusa —el encargado señaló el escote de Carla.

—¿Qué pasa con mi blusa?

—Desabróchate otro botón, guapa. Los clientes no vienen aquí solo por la bebida. Podrías sacar mejores propinas.

—Ya, bueno... —Carla no le hizo caso; se dio la vuelta y volvió a cruzar la mirada con esos ojos azules.

—Un momento, ¿no me has oído? —Tony llevó sus manos al escote de Carla e hizo una demostración práctica de su teoría—. Mucho mejor. Ahora sé buena chica y acompáñame.

—¿A dónde?

—A conocer a unos amigos que han preguntado por ti. No te preocupes, Kate se ocupará de la barra.

—Mi trabajo consiste en servir copas, no en entretener a tus amigos. —Dio un paso atrás.

—Mira, no tengo tiempo para estupideces. ¡Kate! —El jefe llamó a la otra camarera, una rubia a la que debía de haber aleccionado perfectamente, pues su *top* mostraba lo necesario.

—¿Sí, jefe?

—Explica a tu compañera de trabajo cómo funcionan aquí las cosas.

—Mira, bonita, los clientes se toman unas copas, tú se las sirves y de paso les das un poco de cháchara; si les caes bien, gastan más, y tú obtienes mejores propinas. Y para eso nada mejor que alegrarles la vista, ¿me sigues?

—¿Y qué he estado haciendo yo? —preguntó Carla, aunque sabía muy bien qué estaban insinuando su jefe y Kate.

—¿Ves a ese de ahí? —señaló con la mirada a un tipo—. ¿Sabes quién es? —Carla negó con la cabeza—. Es Greg Hart, tiene pasta a montones y por alguna razón se ha interesado en ti.

Aidan se quedó helado oyendo la conversación desde su privilegiado sitio junto a la barra. Conocía perfectamente de dónde obtenía Greg Hart su dinero. Tenía un negocio de vehículos usados, pero todos sabían que la venta de coches no daba para tanto; le investigaron en el pasado sin obtener pruebas contundentes; por eso aún andaba por ahí, aunque todavía estaba bajo vigilancia.

Había escuchado toda la charla y estaba claro lo que pretendía el tiparraco ese. Ser amable con el cliente... Sí, claro. Traducido venía a significar: «deja que te manosee a su antojo para después acostarte con él. Y todo con buena cara, que las propinas son las propinas».

Ella no era santo de su devoción, aún le escocían las pullas y las burlas de sus compañeros, pero incluso así ninguna mujer se merecía aquel trato. Miró en dirección a sus dos colegas; podía pedirles ayuda, pero los vio demasiado ocupados en sus menesteres.

—Andando. —Tony le dio una palmadita en el culo a Carla, empujándola—. Sé buena chica, me lo agradecerás por la mañana.

—No. —Carla se quedó en el sitio.

—Jefe, ya voy yo. —Se dio la vuelta y miró a Carla—. No sabes lo que te pierdes, ese tío es muy generoso.

—¿Así piensas ganar dinero? —la increpó su jefe viendo cómo Kate se contoneaba en dirección a Greg Hart.

—Si quisiera ser puta, no estaría aquí.

—Pero qué ilusa eres, guapa —dijo riéndose—. Cuando tipos como ese se fijan en una mujer,

consiguen. Hoy puede que te libres, afortunadamente Kate sabe hacer su trabajo.

—Si no tienes más que decirme, vuelvo a mi puesto, a servir copas —dijo enfatizando esto último.

—Sí, cómo no, pero estás advertida —masculló Tony, tras lo cual se dio la vuelta y se acercó a un grupo que le reclamaba.

Carla se abrochó de nuevo la blusa. Definitivamente, tenía que largarse. Terminaría su turno mandaría a paseo a tipos como su jefe.

Caminó detrás de la barra y fue a atender a un parroquiano pasando de largo esos ojos azules. Durante toda la conversación con Tony había sido consciente de que él no le quitaba la vista encima. ¿Sería otro de los amiguitos de su próximo jefe?

Aidan permanecía en la barra, sujetando el botellín de cerveza vacío, cuando la tal Kate se acercó muy solícita ella, y le preguntó si quería tomar algo. Pidió otra cerveza, no se iba a ir de ese local sin saber cómo terminaba todo. Observó la forma en que Carla servía las copas; era evidente que sus sonrisas eran fingidas y que estaba más que deseosa de salir de allí.

Se movió disimuladamente por la barra hasta situarse cerca del grupo con el que se había reunido Tony. Fingió estar borracho; para ello se aflojó la corbata y se apoyó en la barra de cualquier manera. Escuchó cómo sin reparos ofrecía carne fresca a sus amigos, entre otras cosas. Al parecer, el almacén estaba muy bien equipado. Tomó nota detenidamente.

Pidió su tercera cerveza y miró el reloj: casi las dos de la madrugada. Afortunadamente la hora de cerrar estaba cerca y sus amigos habían desaparecido. Bien por ellos. Sacó su cartera para pagar las consumiciones cuando alguien le dio unos toquitos en la espalda.

—Aún sigues aquí...

Mierda. Ahora no tenía ganas de buscar una excusa, ni tampoco cabeza para ello, pero Rachel estaba allí esperando una respuesta.

—Pues sí —dijo pronunciando deliberadamente mal. Si pensaba que estaba borracho, quizás pasara de él.

—¿Necesitas a alguien que te lleve a casa?

Justo lo que no necesitaba, un alma caritativa. Se enderezó. Mejor ser honesto, ya se había comportado como un perro al principio de la noche.

—No, gracias —habló con normalidad—. Estoy esperando a una amiga. —Vio la cara de desilusión de la chica.

—Bueno.... —Ella se encogió de hombros—. Pues otra vez será.

Lo dijo de tal forma que Aidan se sintió culpable; a la pobre chica la habían dejado tirada.

—Si quieres te acompaño a buscar un taxi —se ofreció; era lo mínimo que podía hacer.

—Mira, no soy tonta, es evidente que pasas de mí, así que buenas noches.

Aidan la vio marcharse y oyó con claridad un «cabrón». Se lo tenía merecido.

Volvió a prestar atención a la barra, y constató que Carla ya no estaba. Apuró su cerveza y esperó unos minutos a ver si aparecía, pero no lo hizo. Comprobó la hora y se dijo a sí mismo que ya tocaba volver a casa.

Cuando salió a la calle se dio cuenta de un importante detalle: su coche estaba aparcado un par de cuantas calles más allá, y ningún tonto se arriesgaría a dejar un Mercedes CLK en esa zona. Además, conociendo a esos dos nunca se hubiera arriesgado a ir con ellos, habría preferido seguirlos en su propio vehículo. Tendría que caminar un poco. Bueno, así se despejaría un rato. Moviéndola la cabeza con disgusto y empezó a andar por la acera. Terminó de quitarse la corbata y se la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

La noche no podría haber resultado peor.

Apenas había rodeado el edificio donde estaba ubicado el Eternity cuando oyó unas voces.

«Vaya por Dios, ahora precisamente...», se lamentó. Lo que menos le apetecía era tener que

preocuparse por los problemas de un inocente ciudadano.

—Quitadme las manos de encima. ¡Cabrones!

—Mira, Greg, qué vocabulario tiene la zorra.

—Como a mí me gustan, con carácter. Venga, guapa, has estado toda la noche provocándome. Ahora haz bien tu trabajo y déjame ver ese par de tetas.

—Aparta esa mano, cerdo.

—No, no, no, así no, bonita. El tío Greg va a ocuparse de ti, vas a ver lo que es un hombre de verdad; cuanto más te resistas, más voy a divertirme. ¡Frank! Sujétala bien.

—Sí, jefe.

—Idos a tomar por culo —espetó ella rabiosa intentando soltarse.

—Cuidado con esa rodilla, Greg, la puta tiene mal genio.

—Ya me he dado cuenta, pero no por mucho tiempo.

Aidan se detuvo y escuchó las voces provenientes del callejón con más atención; era una salida lateral, utilizada seguramente por los trabajadores del local. Se asomó y contempló la escena. La voz de la chica le era conocida y cuando vio a Carla apoyada contra un muro de ladrillo revolviéndose mientras dos tipos la sujetaban, se llevó la mano a su pistolera.

—Mierda —siseó entre dientes. No la tenía encima, la había dejado en su taquilla—. Mierda —repitió.

Si fuera un buen policía llevaría un arma escondida en una bota, pero él siempre prefería llevar buenos zapatos acordes con sus trajes. Además, se suponía que no estaba de servicio. Buscó en sus bolsillos; aparte del móvil y su cartera no tenía nada más encima.

¡Tenía que ser ella la *inocente* ciudadana en peligro!

Esa mujer tenía una especie de imán para atraer los problemas y una vena sádica para tocar las pelotas a diestro y siniestro.

Y él podía opinar con conocimiento de causa, pues sufrió en primera persona sus intentos por dejarle en ridículo delante de una panda de policías, además compañeros de trabajo, a cada cual más salido.

Luke, que la conocía bien, era el culpable, pues por hacerle un favor y poder ligarse a la chica buena le había endosado la mala, y él, como un tonto, había ayudado a un compañero en apuros.

Estaba claro que esa mujer sabía muy bien cómo minar la autoestima masculina, pero claro, para eso primero tenía que haber algo que minar. Como se decía comúnmente, ofende quien puede, no quien quiere.

Y Aidan se había reído como el que más cuando ella proclamó a los cuatro vientos que era poco menos que un eunuco, o, según palabras textuales, el *jodido enanito follador*. Evidentemente, lo que el *enanito* era por su «tamaño».

Los babosos salidos de sus compañeros que desternillaron de risa, pero él ni se inmutó.

Podía haber rebatido tan absurda aseveración diciendo simplemente que ni siquiera se había acercado a ella, pero prefirió dejarlo pasar, que se fuera tranquila pensando que le había ridiculizado. Cosa que a él le resbalaba. Tenía claro lo que era y lo que no, así que la opinión de una cantamañana como esa carecía de importancia.

Había quedado claro que la «ocurrente amiguita mala» de Bianca era ingeniosa a la hora de inventar bromas y de tocar las pelotas a la gente, pero si lo analizaba con lógica no pasaba de ser una reacción infantil.

Cierto que la bromita entretuvo a la panda de barrigones salidos durante un tiempo, pero siempre era preferible que se divirtieran con cosas sin relevancia a que intentaran meter las narices donde no se debe; eso le permitía evitar conversaciones y confidencias personales.

No había nada mejor para estropear una relación laboral que hablar de uno mismo con cualquiera.

Oyó de nuevo las voces procedentes del callejón y se centró en el asunto. ¿Qué importancia tenía ahora?

Pensó por un instante en sus compañeros, pero por desgracia ya se habían largado, así que estaba solo. Palpó la seda de su corbata dentro del bolsillo lateral de su chaqueta; genial, era lo único de lo que disponía.

Observó a su alrededor; nadie pasaba por allí, así que tampoco podía pedir ayuda. Notó cómo su cuerpo se tensaba. Él no era un policía de acción, prefería trabajar delante de un ordenador, pero no podía dejarla a solas. Apretó el puño dentro de su bolsillo, aferrándose a la corbata; bien era una pena estropear una tan elegante como aquella, regalo de su madre, pero era su única arma disponible. Hizo un barrido visual a su alrededor para ver si encontraba algún desperdicio que pudiera servirle. Aquello estaba lleno de mierda, por lo que no le costaría mucho hallar algo útil, a ser posible fuera del contenedor ;, ya sólo le faltaba tener que hurgar dentro.

Se adentró en el callejón despacio, no quería que esos dos tipos se pusieran nerviosos e hicieran una tontería.

Caminó lentamente; por fortuna los dos matones le daban la espalda, así que podía acercarse lo necesario.

Iba tan concentrado que no se fijó y pisó un vidrio roto, llamando la atención de los dos matones. Primero se giró uno y le miró, e inmediatamente dio un toque a su compañero para advertirle. El que estaba manoseando el pecho de la camarera también se fijó en él. Aidan tropezó a propósito, prefería que le subestimaran y que pensaran que iba en avanzado estado de embriaguez. Eso, al menos, le daría cierto margen de actuación.

Aidan le reconoció enseguida. Era el tipo del bar, Greg Hart.

«Joder...».

—¿Qué coño quieres? —le increpó el tiparraco—. Piérdete.

Carla le miró y Aidan rogó por que ella no hiciese ninguna tontería, como por ejemplo reconocerlo en voz alta. Se encogió de hombros y volvió a tambalearse.

—Es un borracho —anunció innecesariamente el otro tipo; Frank, se llamaba—. Lárgate.

Vale, el lacayo tenía pinta de faltarle un hervor y de esperar las órdenes del jefe. Nada mejor que conseguir que le infravalorasen.

—Eeeh... —escupió Aidan alargando la sílaba y levantó una mano; la otra permanecía dentro de su bolsillo agarrando la corbata—. ¿Puedo mirar? —Controló sus ganas de lanzarse sobre esos dos y patearles la cara. Afortunadamente, ella no dijo nada.

—Estoy hasta los cojones de tipos como ese —saltó Greg con desprecio señalando a Aidan—. Mírale, todo un señorito trajeado. ¿Qué pasa, tío? ¿Hoy no ha sido tu día de suerte, eh? ¿O eres uno de esos pervertidos con dinero a los que les gusta fisgonear?

—No me gustan los mirones —se quejó Frank, el lacayo sin dos dedos de frente.

—¿Y tú qué dices, guapa? —Separó los bordes de la camisa de Carla, dejando expuesto su sujetador negro mientras Frank la agarraba—. ¿Quieres tener público?

—¡Hijo de puta! —escupió ella; se revolvió levantando una rodilla, pero Greg se apartó a tiempo, que le valió un buen bofetón.

—¡Zorra!

«Cállate y estate quieta, por lo que más quieras», pidió el policía en silencio advirtiéndola con una mirada.

—¿Y qué hacemos con ese? —preguntó Frank.

—Déjale que mire y así aprenderá —respondió Greg con aire de superioridad y metió una mano bajo la minifalda vaquera de ella—. Buenas piernas —murmuró.

«Vaya, un tipo de esos a los que les gusta fanfarronear delante de la gente, especialmente cuando

van a cometer alguna de sus fechorías», pensó Aidan y dio otro paso tambaleándose.

—¿Qué haces? —balbuceó Frank. Este sí estaba bebido, a juzgar por su forma de balbucear.—

—No quiero perderme nada —respondió con voz y pronunciación poco clara. Miró fugazmente a Carla y le advirtió de nuevo con la mirada que se mantuviera atenta y, a ser posible, que no le cabreara más.

—¡Eres un jodido mirón! —exclamó Greg sonriendo; estaba claro que no le disgustaba tener espectadores—. Bueno, pues vas a tener un buen espectáculo. Y puede que... —dio una palmada en el culo a Carla— cuando acabemos puedas disfrutar de ella.

—Prefiero mirar —aseguró Aidan poniendo cara de inocente. Debía ganarse la confianza de esos dos estúpidos antes de actuar.

—Como quieras —respondió Greg y se inclinó para besarla; ella apartó la cara pero estaba en una desventaja, ya que la agarró de la garganta obligándola a mirarle—. Sé buena y dame un beso.

Para enfado de su agresor y a la vez de su posible salvador, ella le escupió en la cara al tiempo que espetaba:

—Que te jodan. ¡Y lávate los dientes! ¡Apesta!

A Aidan se le revolvió el estómago, y no por la mala calidad de la bebida que servían en ese local de mala muerte. Tenía que actuar. Ya. Pero el imbécil de Frank no le quitaba el ojo de encima, estaba bien entrenado...

Sacó disimuladamente la corbata del bolsillo y empezó a jugar con ella. Mientras ellos intentaban desnudarla, permaneció unos instantes, que se le hicieron eternos, a la espera.

Carla no se lo estaba poniendo nada fácil. Se revolvía y lanzaba todo tipo de improperios de lo más creativo, como *¡eres un hijo de siete putas!* o su clásico *¡jodido enano follador!*

Casi se sintió celoso. Joder, ese título era suyo...

Aidan parpadeó. ¿Dónde había aprendido esta mujer tales apelativos?

Cuando vio la oportunidad levantó la corbata y la pasó alrededor del cuello de Greg, tirando de él e inmovilizándolo.

Eso les pilló por sorpresa y Frank se quedó un segundo paralizado, el tiempo justo para que Carla, al verse libre por un lado, se moviera con rapidez asestándole un rodillazo en la entrepierna a su agresor, haciendo que este se inclinara y se llevase las manos a sus partes. Carla remató la jugada dándole otro en la cara. Frank cayó de rodillas y ella no se detuvo ahí, sino que siguió aporreándolo y pateándolo mientras el tipo se retorció en el suelo.

—¡Hija de puta! —vociferaba Frank desde el suelo. Intentaba protegerse con las manos su cara y su entrepierna alternativamente, pues ella no cejaba en su empeño por sacudirle.

Al mismo tiempo, Aidan redujo a Greg. Primero le estampó de cara a la pared, haciéndole perder la orientación para después tirarle al suelo y que terminase besando el sucio asfalto del callejón. Luego lo inmovilizó presionando con la rodilla sobre su columna y le ató las manos a la espalda con la corbata. Después le dejó a un lado y se acercó a Carla.

—Déjale ya —dijo agarrándola del brazo.

El pobre desgraciado tenía la cara ensangrentada y no dejaba de soltar todo tipo de improperios. Aidan le colocó mirando al suelo.

—Busca algo para atarle —gritó a Carla—. Cualquier cosa. Joder, date prisa.

Frank, a pesar de su lamentable estado, se revolvía en el suelo.

—¡Aquí no hay nada! ¿No tienes las esposas? —chilló ella.

—¿Eres un jodido policía? —graznó Greg desde el suelo mirándole con odio.

—¡Cállate! —le gritó Carla obsequiándole con una patada en la boca.

—Las medias —gritó a su vez Aidan mientras mantenía sujeto a Frank.

—¿Qué? —Carla le miró sin comprender.

—¡Dame tus malditas medias! Y tú —se dirigió a Frank—, deja de moverte. —Se sentó encima de él para controlarle—. ¡Joder, vamos! Quítate las putas medias. —Aidan se dio cuenta demasiado tarde de que así había echado a perder el pantalón. No había tintorería que pudiese limpiar esa mugre. Los daños colaterales, podría decirse.

Carla se apartó de Greg dándole un respiro; apoyó una mano en el muro para mantener el equilibrio y empezó a bajarse la cremallera de la bota derecha.

—¡Esto no es un maldito *streptase!* —gritó Aidan, ya que ninguno de los tres hombres dejaba de mirarla.

—Ya voy, ya voy, joder, ¡qué *cagaprisas!*

Por suerte, Carla llevaba medias y no *pantys*. Hizo una bola con la media y se la lanzó a Aidan, que la recogió rápidamente perdiéndose la estupenda vista de Carla inclinándose para colocarse de nuevo la bota sobre su piel desnuda. Le ató con presteza las manos a la espalda y se incorporó.

—¿Estás bien? —preguntó a Carla colocándose a su lado.

—Sí.

—¿Segura?

—Joder, que sí —masculló a la defensiva. Si había sido humillante que él la hubiera visto sirviendo copas en el Eternity, más humillante era que la hubiera salvado de esos dos tipejos.

Aidan se sacudió los pantalones, sin éxito, y buscó la cartera en su chaqueta. Sacó su identificación y se la pasó por las narices a aquellos dos, que no dejaban de retorcerse e insultar desde el suelo. Como que tenía que haber hecho antes, pero ya que él no era un policía deseoso de entrar en acción, esas cosas no eran para él.

Miró a Carla, quien estaba allí, de pie, temblando pese a disimularlo. Sin pensárselo dos veces quitó la chaqueta del traje y se la ofreció.

—Toma.

—No es necesario.

—No seas cría. —La voz de Aidan era férrea y eso le sorprendió—. Estás muerta de frío.

Ella se puso la chaqueta. Estaba tibia y le quedaba grande, así que agarró las solapas y se abrigó con ellas.

Observó a esos dos cabrones tirados en el suelo y no pudo contenerse. Se acercó a Greg, que había colocado de medio lado, y sin mediar palabra le clavó el tacón de aguja de su bota en la entrepierna, haciéndole aullar de dolor.

—Déjalo ya —Aidan la apartó.

—Y una mierda. —Estaba a punto de llorar; se pasó la manga de la chaqueta por la cara para limpiársela y dejó una mancha de sangre.

—Joder, estás herida —dijo Aidan aún respirando con dificultad; el subidón de adrenalina tras la pelea aún le dominaba—. Déjame ver. —La agarró de la barbilla haciéndola levantar el rostro y vio una pequeña herida en la mejilla. Buscó en su pantalón y extrajo un pañuelo—. Saca la lengua.

—¿Eh?

—Joder... —Aidan humedeció el pañuelo con su propia saliva y acercó el pañuelo.

—¿Pero qué haces? —preguntó apartándose.

—¿Limpiarte la herida? —Sin dar más explicaciones, lo hizo—. A saber la cantidad de mierda que llevaba ese hijo de puta en las uñas.

—Ah. —Se dejó limpiar obedientemente sin rechistar. Cuando él acabó, empezó a abrir la chaqueta y ella se sobresaltó—. ¿Pero qué haces ahora?

—Buscar mi móvil. —Sin contemplaciones abrió la chaqueta y metió la mano hasta dar con el bolsillo interior y sacar su teléfono—. Avisaré para que vengan a por estos dos.

Carla le observó mientras él hablaba; nunca antes le había visto así, no quedaba ni rastro del tipo aniñado y ridículo que ella conocía, sino que se dirigía a su interlocutor dando los datos concisos. Como que se debió de sentir observado porque le sostuvo la mirada por encima del hombro mientras seguía dando instrucciones por teléfono. Carla apartó la vista algo avergonzada; no solo le había mirado, sino que se recreó contemplándole, así sin chaqueta. La camisa, sin duda de seda, le marcaba los músculos de la espalda, así como su vientre plano.

Estaba en buena forma. ¿Por qué no se fijó antes en este detalle? Simple y llanamente porque desde el principio solo pensó en él como el amiguito lameculos de Luke que intentaba agradar y ser útil intentando controlarla. Nunca antes se había percatado de su excelente forma física.

—Enseguida estarán aquí, también viene una ambulancia de camino.

Estaba tan absorta examinándole que no se dio cuenta de que había terminado su conversación telefónica y estaba de nuevo junto a ella.

—No, de ninguna manera, no necesito una ambulancia —protestó Carla e intentó distanciarse de él. No quería deberle nada, no quería que él la compadeciera y mucho menos que la consolara.

—No seas testaruda. Ven aquí. —Sin permiso la abrazó, acariciándole la espalda en un gesto reconfortante—. ¿Seguro que estás bien? —dijo, pasando el pulgar por su mejilla dañada.

—¡Mira a los tortolitos! —se rio Frank—. Al final ese hijo puta se la va a follar.

—¡Cállate! Gilipollas —le reprendió Greg de mal humor al bocazas de su cómplice.

Carla se soltó del abrazo de Aidan y se dirigió como una flecha hasta Frank; acto seguido le pisó los huevos, presionando con el tacón de su bota. Otra vez.

—¿Es que no has tenido suficiente, hijo de puta? ¿Quieres más? —presionó con más fuerza.

—Joder, tío, quítamela de encima —rugió Frank mirando suplicante a Aidan.

—No, no he tenido suficiente, ni mucho menos, hijo de la gran puta. —Carla intentó volver a carga.

Aidan la agarró desde atrás.

Si por él fuera, dejaría que esos dos acabaran castrados, pero su deber como policía era impedirlo.

Ella no quería que él la abrazase de nuevo, porque no estaba segura de sí misma. A pesar de que el abrazo era solo un gesto reconfortante, Carla necesitaba mantener su control. Ese simple contacto resultó demasiado íntimo. En el breve lapsus de tiempo que él la sostuvo se sintió inquieta, no esperaba verse rodeada de un cuerpo masculino tan sólido; durante el contacto pudo apreciar su olor y su calor. Hubiera preferido que le resultara repulsivo, pero no fue así. Estaba destrozada por dentro con unas ganas locas de volver a su apartamento y esconderse unos cuantos días.

Aidan no la soltó, no solo porque no quería arriesgarse a que ella atacara de nuevo, sino porque a pesar de que ella se mostrase autosuficiente, como si el incidente fuera un simple contrat tiempo, sabía que no era así. Notó cómo temblaba, y no solo de frío. La mantuvo entre sus brazos, impidiendo que ella mirase a esos dos tipejos o les arrease de nuevo.

Se separaron bruscamente cuando oyeron las sirenas de la policía.

Él la tomó de la mano para sacarla del callejón, hasta la calle principal, y se detuvo frente a un coche patrulla.

—Buenas noches, Martin —saludó Aidan al agente que bajaba del vehículo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió su compañero mirándoles a los dos de arriba abajo.

—Una agresión. Dos tipos, están ahí inmovilizados —hizo un gesto con la cabeza hacia el callejón.

—Mal asunto —dijo Martin pensativo—. ¿Ella...? —miró a Carla.

—Aparentemente no está herida, pero de todas formas iremos al hospital.

—No voy a ir al hospital —los interrumpió Carla.

—Disculpe, señorita...

—Stone —dijo Carla—. Estoy bien, solo ha sido un susto. Puedo volver a casa por mi cuenta.

Tiró de la mano por la que Aidan aún la sujetaba, sin éxito.

—Ocúpate de esos dos, yo me encargo de ella —dijo Aidan con rotundidad impidiendo que Carla abriese de nuevo la boca. —Mañana redactaré el informe. —Martín asintió—. Y ella hará la denuncia.

—De acuerdo —acertó Martín—. Eh, Justin —llamó al otro agente que estaba al volante—. Échanos una mano.

Los dos agentes se internaron en el callejón dejándolos momentáneamente a solas.

—Me voy —dijo Carla—. Gracias por todo. Ya nos veremos. —Tiró de su mano.

—No, la ambulancia está en camino, necesitamos que te vea un médico y redacte un parte de lesiones, así la denuncia tendrá fundamento.

—He dicho que no. ¿Estás sordo? —Consiguió soltarse.

En ese momento aparecieron los dos agentes sujetando a Greg y Frank y empujándolos hacia la parte trasera del coche patrulla.

—¡Buen trabajo, Patts! —exclamó Justin.

—Al jefe le va a encantar —dijo Martin.

—¡Se os va a caer el pelo por brutalidad policial! —gritó Greg mientras le metían a empujones en el coche—. ¡Y tú, zorra, ya nos veremos!

—Cierra el pico —intervino Martin cerrando de un portazo. Se volvió hacia Aidan—. ¿No necesitas para algo más?

—No, gracias por todo. Tomadles declaración.

—Les has dejado la cara como un mapa.

—Bueno... Sí, se resistieron un poco. —Agarró a Carla de nuevo para que no dijera nada.

—Está bien, nos vamos entonces.

En cuanto el coche de policía se alejó, Aidan se volvió hacia Carla. Ella observó cómo de nuevo había desaparecido el gesto amable en la cara de él que había mantenido con sus compañeros.

—Tengo el coche aquí cerca. Vamos, te llevaré a casa.

—Puedo ir yo sola, gracias —le espetó enfadada y comenzó a andar.

Aidan soltó un juramento entre dientes; esa mujer podía acabar con la paciencia del más santo. I siguió hasta colocarse a su lado y la detuvo bruscamente agarrándola del brazo.

—Mira, es tarde, este barrio no es lo que se dice de lo más recomendable, así que por una vez pórtate bien, te llevaré a casa.

—¿Quieres colgarte otra medalla? —le increpó ella.

—No, pero tampoco quiero tener que preocuparme por ti, así que andando. —Tiró de ella sin miramientos.

—¡Está bien! Si quieres jugar a ser el héroe yo no soy quién para impedírtelo, pero puedo caminar sin tu ayuda —arguyó intentando liberarse. Iba listo si pensaba controlarla de esa forma.

Aidan la soltó y comenzó a andar. La miró de reajo; permanecía con cara de enfado y abrigándose con su chaqueta asiendo las solapas con fuerza. Estaba de lo más patética, con el pelo alborotado, una americana que la tapaba hasta medio muslo, las botas de tacón y solo con una media enfundando sus piernas.

Inexplicablemente, se excitó. Notó un tirón en su entrepierna. Genial, vaya un momento para que le pusiera dura, y por si fuera poco con quien iba a su lado, haciendo retumbar los tacones de sus botas sobre la acera. Gruñó de pura frustración.

—¿Pasa algo? —preguntó ella mirándole con gesto interrogativo.

—No —gruñó de nuevo. Por suerte, su coche ya estaba a la vista.

—Pues no lo parece.

Se detuvo frente a su Mercedes plateado y se palpó los bolsillos en busca de las llaves. Debían estar en la chaqueta.

—Busca en el bolsillo, las llaves tienen que estar ahí.

—¿Este es tu coche? —dijo Carla haciendo lo indicado—. Aquí están. —Le entregó las llaves.

Aidan accionó el mando a distancia y los cuatro intermitentes parpadearon.

—Venga, sube. Y ponte el cinturón.

—Cómo no —dijo con sarcasmo—. La seguridad ante todo.

Él arrancó el coche y encendió la calefacción. Por supuesto no tenía frío, pero ella sí.

Manióbró para incorporarse al tráfico, y se internó en una calle principal hasta que detuvo el coche en un semáforo en rojo.

—¿Sigues viviendo en aquel apartamento? —preguntó mirándola de reajo.

—Sí. —No por mucho tiempo, pero él no tenía por qué saberlo—. Este coche no te pega —dijo ella al cabo de unos minutos mientras circulaban por las calles; a esas horas de la noche, sin apenas tráfico, se avanzaba con rapidez—. Además, el color... Bueno, ¿sabías que los hacen en amarillo? —I hizo una mueca. No sabía por qué, pero intentaba cabrearle—. O en rojo, eso estaría bien. —Carla siguió hablando, necesitaba que él se cabreara de verdad para poder escabullirse—. Pero claro, demasiado moderno para ti.

Aidan se mantuvo callado. Sabía que le estaba provocando, pero ella era así, como también sabía

que era su forma de sentirse mejor y no revivir lo ocurrido en el callejón.

~~Detuvo el coche frente al edificio donde ella vivía.~~

—Mañana te espero en la comisaría. Rellenaremos la denuncia.

—Vale —mintió—. Allí estaré, a primera hora. Por cierto... ¿A qué hora abren?

Pero él se debió de dar cuenta porque la miró sonriendo de medio lado. Eso le produjo un escalofrío.

Carla tiró de la manilla del coche evitando mirarle, pero no tuvo tanta suerte. Él había sido más rápido y ya estaba frente a ella abriéndole la puerta.

—No es necesario que me acompañes.

—Insisto —dijo como si se tratara de una cita y él fuese un caballero que la acompañaba a casa.

Eso la mosqueó aún más. Con paso decidido se encaminó hacia su edificio sin mirar si él la seguía o no. Pero cuando se detuvo para introducir la llave en la cerradura, sintió su presencia en la espalda.

—Supongo que no esperarás un beso de buenas noches, ¿no? —dijo con ríntintín.

—Pues no estaría nada mal, teniendo en cuenta las circunstancias. Por si lo habías olvidado, te lo salvado de esos dos tipos y he dejado mi traje hecho un asco. Es lo mínimo que puedes hacer —explicó sonriéndole—. Aunque... —Carla tropezó con el primer escalón al oír ese tono de voz susurrante y fijarse en unos seductores ojos azules—. Un beso sería una pobre recompensa, ¿no crees?

¿Estaba coqueteando con ella?

Carla se quedó sin la respuesta necesaria para darle en las narices. El muy... había entrado en su juego.

«¿Dónde está el niño que conozco?», se preguntó, no por primera vez esa noche.

—Buenas noches —graznó empujando la puerta con más ímpetu del necesario. Bufó al oír las risas a su espalda. Tenía que volver a colocar a Aidan en su sitio.

Si alguien más le palmeaba la espalda o le llamaba héroe antes de llegar a su mesa, iba a pasar algo muy gordo, pensó Aidan intentando mantener su tono distendido habitual. Desde que atravesó la puerta y cruzó el vestíbulo de la comisaría, sus compañeros no le habían dejado en paz. Si bien unos lo decían con cierto tonito, otros se mostraban amables, pero aun así le molestaba. Joder, iba a mandar a paseo seis años de impecable comportamiento. Él no era un policía ávido de emociones, su campo de trabajo era la investigación, a ser posible delante de un ordenador y sin ensuciarse demasiado.

Dejó su americana de raya diplomática colgada en la silla. Cuando levantó la vista, una cara muy familiar le sonreía con sorna.

—¿Qué? —preguntó.

—Por fin aparece el héroe del día —se guaseó Luke—. ¿Cómo sienta estar en boca de todos?

—¿Desde cuándo eres un cotilla? —Se sentó frente a su ordenador con la intención de rellenar un expediente. Miró el reloj; en breve llegaría Carla y formalizarían la denuncia. Entonces, cayó en cuenta: a Luke no iba a gustarle nada su presencia. Por no hablar de cómo reaccionaría ella.

—Bueno, bueno, estamos quisquillosos hoy, ¿eh? —Luke no iba a dejar pasar la oportunidad—. Aunque... —le hizo un gesto con la mano, instándole a hablar—. Desembucha.

—¿Tu mujer no te ha dicho que es de mala educación... —se reclinó en la silla, adoptando una postura indiferente— meterse en las vidas ajenas?

—Mi mujer dice muchas cosas. —A Luke le brillaron los ojos.

—Bianca es una santa, no sé qué ha visto en ti, pero espero que recobre pronto el juicio —le dijo con humor—. Ahora, si no te importa, me gustaría trabajar un poco.

Luke se rio con ganas ante la descripción hecha por su compañero sobre Bianca. Si él supiera...

Aidan comenzó a escribir en su ordenador los hechos de la noche pasada. No llevaba apenas escritas tres frases cuando oyó la voz de Orson, su jefe.

—¡Adams, Patts! A mi despacho —vociferó el comisario desde la puerta de su oficina.

Ambos se levantaron y se encaminaron hacia la sala donde su superior esperaba. Luke entró primero y, sin esperar a que se lo indicaran, se sentó. Aidan, por el contrario, esperó a que le dieran permiso.

—Quiero una explicación, y por Dios, Adams, una explicación coherente de lo ocurrido. —Lanzó unos papeles sobre la mesa en dirección a Luke—. Cuando he llegado esta mañana me he encontrado esta mierda. ¿Dónde tienes la cabeza?

Luke cogió los papeles y les echó un vistazo. Sin decir nada se los pasó a su compañero.

—El agente encargado del turno de noche me ha informado de la detención de Greg Hart. ¿Está loco?

—Jefe... Me parece que... —empezó Luke, pero Orson levantó la mano para que callara.

—Ese tipo estaba siendo vigilado por Narcóticos, los cuales me han llamado pidiéndome explicaciones. Se suponía que no tenías que interferir, pero no, tú siempre igual, no cambias y con la edad vas a peor, te pasas las órdenes por el arco del triunfo.

—Disculpe —intervino *el héroe del día*—. Yo fui quien le arrestó.

—Mira, Patts —el cabreo de Orson iba en aumento—, no soy tonto, sé perfectamente que intentas salvar el culo a tu compañero, pero esta vez todo se ha salido de madre. Anoche ninguno de los dos estabais de servicio, así que, ¿podéis explicármelo para que consiga entender esta cagada?

—Fue algo imprevisto —explicó Aidan mirando a Luke, que permanecía como si la bronca no fuera con él—. Como verá en mi informe, no tuve otra opción que intervenir. Ese tipo junto con otro estaban agrediendo a una mujer.

—¿Y tú qué hacías mientras tanto? —señaló a Luke—. Se supone que tienes más experiencia.

—Él no estaba presente. Como bien ha dicho, no estábamos de servicio.

—¿Me estás diciendo que tú solo te encargaste de esos dos tipos? —preguntó incrédulo.

—Pues sí, jefe. Al parecer mi compañero tiene buenos reflejos y se encargó él solito. ¿Algo más?

—dijo Luke queriendo dar por finalizada la reunión.

—Cojonudo —se quejó Orson—. ¿Sabéis que el tipo ha puesto una denuncia por brutalidad policial?

Aidan hizo una mueca. ¿Brutalidad policial? Y una mierda. El muy cobarde no iba a admitir que una chica le había pateado los huevos. Repetidas veces.

—Se resistió, no quedó otro remedio. —Él tampoco podía admitirlo, aunque tarde o temprano el jefe debería saberlo.

—Y la chica... ¿dónde está? ¿Cómo se llama?

—Está a punto de llegar —respondió Aidan mirando de reojo a su temperamental compañero. Se iba a poner hecho una fiera cuando supiera el nombre de la interfecta.

—Ya. Y esa... señorita, ¿tiene nombre? —insistió Orson.

—Esto... Carla Stone —dijo atropelladamente.

—Me cago en la... —Luke se levantó como impulsado por un resorte—. ¡No jodas! ¿Por qué no me has dicho que era Carla?

—¿La conoce? —preguntó el comisario indudablemente sorprendido por la reacción de Luke.

—Por desgracia, sí, la conozco. Es amiga de mi mujer. —Miró a Aidan frunciendo el ceño.

—Esto se complica por momentos —reflexionó Orson en voz alta—. Está bien, esperaremos a que la señorita Stone confirme su informe. Si no, estaremos metidos en un buen lío. En cuanto aparezca que Kristy se ocupe de ella. Las agresiones a mujeres últimamente despiertan demasiadas susceptibilidades. Mantenedme informado.

Luke abrió la puerta del despacho echando humo, iba a agarrar a Patts de las orejas. ¿En qué demonios estaba pensando el muy imbécil? Y lo más interesante..., ¿por qué estaba con ella?

—Tienes muchas cosas que contarme, ¿no? —dijo Luke en cuanto volvieron a su mesa—. Ahora. —Chasqueó los dedos delante de sus narices para que no se saliera por la tangente.

—El informe no creo que se haga solo —soltó intentando evadirse.

—A la mierda el informe. ¿Qué hacías tú con esa... mujer?

—No estaba con ella, y baja la voz.

—Ya.

—Joder —murmuró Aidan al ver que se acercaba Mike; estaba seguro de que deseaba dar un completísimo reporte de la noche anterior.

—Por lo visto tuviste suerte anoche después de todo, ¿eh? Nosotros nos tuvimos que conformar con unas nenas corrientes y tú te ligas a una camarera del Eternity. —Se rio de su propio chiste—. El chico de oro no deja de sorprenderme —le palmeó la espalda a Aidan—. La próxima vez sé más generoso colega.

Mike se marchó y el ceño de Luke se acentuó aún más.

—¿Cómo que la camarera del Eternity? —gruñó Luke—. Y ya puestos..., ¿qué hacías tú en el antro? —Aidan no respondió—. No me digas que la camarera del... —Se detuvo analizando los hechos. Joder, todo cuadraba—. ¿Carla trabaja en el Eternity? —preguntó subiendo el tono de voz.

—Tranqui, tío. —A Luke le ponía enfermo esos comentarios, pero a Aidan le gustaba irritarle.

—Como vuelvas a decir una estupidez de ese tipo, te doy con la mano abierta. Vamos a ver, que yo me entere, porque me he llevado una bronca sin comerlo ni beberlo. Expílicate.

—Carla trabaja allí, sí. Por lo visto su jefe ofrece, por decirlo de una forma suave, un *entretenimiento adicional* a sus clientes. Es decir, a las camareras en bandeja, y ella se negó. Al tipejo este no le sentó muy bien y la abordó en un callejón. ¿Qué querías que hiciese? Joder, hasta

sample content of Desatame

- [download online In the City of Shy Hunters](#)
 - [download online Pedagogy and Power: Rhetorics of Classical Learning \(Ideas in Context\)](#)
 - [Siege of Castellax book](#)
 - [download The Vow](#)
 - [download 20-Minute Crafts Beading](#)
 - [read online 12 Days of Christmas](#)
-
- <http://cavalldecartro.highlandagency.es/library/The-Charmer--Liar-s-Club--Book-4-.pdf>
 - <http://jaythebody.com/freebooks/The-Magic-Labyrinth--Riverworld--Book-4-.pdf>
 - <http://cambridgebrass.com/?freebooks/Siege-of-Castellax.pdf>
 - <http://musor.ruspb.info/?library/The-Vow.pdf>
 - <http://junkrobots.com/ebooks/Managing-Risk-and-Information-Security--Protect-to-Enable.pdf>
 - <http://econtact.webschaefer.com/?books/12-Days-of-Christmas.pdf>